

DE LA AUTORA BEST SELLER DEL *New York Times*

ELLE KENNEDY



Kiss me

*objetivo:
tú y yo*



wonderbooks

OBJETIVO: TÚ Y YO

Elle Kennedy

Serie Kiss Me 2

Traducción de Lluvia Rojo



Contenido

Página de créditos

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Página de créditos

Objetivo: tú y yo. KissMe 2

V.1: abril de 2024

Título original: *The Mistake. Off-Campus 2*

© Elle Kennedy, 2015, 2021

© de la traducción, Lluvia Rojo Moro, 2016

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2024

Todos los derechos reservados.

Se declara el derecho moral de Elle Kennedy a ser reconocida como la autora de esta obra.

Diseño de cubierta: Sourcebooks

Adaptación de cubierta: Taller de los Libros

Ilustración de cubierta: Aslıhan Kopuz

Publicado por Wonderbooks

C/ Roger de Flor n.º 49, escalera B, entresuelo, despacho 10

08013, Barcelona

www.wonderbooks.es

ISBN: 978-84-18509-71-1

THEMA: YFM

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Objetivo: tú y yo

Un error inocente podría separarlos para siempre

John Logan es uno de los chicos más populares de la universidad. Es la estrella del equipo de *hockey* y puede conquistar a cualquier chica. Pero detrás de su sonrisa deslumbrante y de su actitud de chico seguro de sí mismo se esconde la tristeza por la vida que le espera después de la universidad: un callejón sin salida que lo alejará del deporte para siempre.

Un encuentro inesperado y *sexy* con Grace Ivers, una estudiante de primero, es la distracción perfecta para no pensar en el futuro, pero cuando un error banal hace saltar por los aires la relación que estaban construyendo, Logan decide que pasará el último año de universidad haciendo cualquier cosa para que Grace le dé una segunda oportunidad. Esta vez, sin embargo, las reglas las dictará ella... y no piensa ponérselo fácil.

Best seller del New York Times, no te pierdas la serie adictiva que ya ha enganchado a miles de lectores

«Conmovedor, divertido, fresco y exquisitamente romántico, este libro me dejó sin aliento y absolutamente enamorada.»

Katy Evans, autora *best seller* del *New York Times*

«¿Más *hockey* en una novela escrita por Elle Kennedy? Sí, ¡por favor! Este libro es inteligente, te hará sentir bien y hará que te desmayes y que los fans lancen sus corazones a la pista.»

Sarina Bowen, autora *best seller* del *USA Today*

«¡Prepárate para sufrir una resaca de libros cuando termines de leer este! Me ha gustado tanto que he tenido que empezarlo de nuevo en cuanto lo he acabado. Elle Kennedy no puede escribir lo bastante rápido para mí...».

Sophie Jordan, autora *best seller* del *New York Times*

#wonderlove

Capítulo 1

Logan

Abril

Que te mole la novia de tu mejor amigo es una mierda.

Básicamente, hay dos factores importantes. En primer lugar, está el factor de la «incomodidad». Y es que es la hostia de incómodo. No puedo hablar por todos los hombres del mundo, pero estoy bastante seguro de que ningún tío quiere salir de su dormitorio y toparse con la chica de sus sueños después de que ella haya estado toda la noche en los brazos de su mejor amigo.

Y después está el factor «odio hacia uno mismo». Eso es un hecho, porque resulta bastante difícil no odiarte a ti mismo cuando te dedicas a fantasear con la chica por la que tu mejor amigo pierde el culo.

Por el momento, la incomodidad, sin duda, va ganando la batalla. A ver, vivo en una casa con paredes finísimas, lo que significa que escucho cada uno de los gemidos entrecortados que se escapan de la boca de Hannah. Cada suspiro y jadeo. Cada golpe de cabecero contra la pared mientras mi colega se tira a la chica en la que no puedo dejar de pensar.

Es superdivertido.

Estoy en mi cama, boca arriba, mirando fijamente al techo. Ya ni siquiera finjo mirar mi biblioteca de canciones del iPod. Me pongo los auriculares para ahogar los sonidos de Garrett y Hannah en la otra

habitación, pero todavía no le he dado al *play*. Supongo que esta noche me apetece torturarme a mí mismo.

A ver, que no soy idiota. Sé que está enamorada de Garrett. Veo cómo lo mira y veo lo bien que están juntos. Llevan seis meses saliendo y ni siquiera yo, el peor amigo del planeta, puede negar que están hechos el uno para el otro.

Y joder, Garrett merece ser feliz. Él va de cabrón arrogante, pero la verdad es que es un puto santo. El mejor extremo con el que he patinado en la vida y la mejor persona que he conocido nunca, y estoy tan seguro de mi condición de hetero que puedo asegurar que si yo jugara en la otra acera, no solo me follaría a Garrett Graham: también me casaría con él.

Eso es lo que hace que todo esto sea un millón de veces más jodido. Ni siquiera puedo odiar al tío que se está enrollando con la chica a la que deseo. No hay fantasías de venganza que valgan, porque no odio a Garrett, ni lo más mínimo.

Una puerta chirría al abrirse y oigo pasos en el pasillo; ruego a Dios para que ni Garrett ni Hannah llamen a mi puerta. O abran siquiera la boca, porque oír cualquiera de sus voces en este momento solo me daría aún más bajón.

Por suerte, el fuerte golpe que hace temblar el marco de la puerta tiene su origen en mi otro compañero de piso, Dean, que entra en mi habitación sin esperar a ser invitado.

—Hay fiesta en la fraternidad Omega Fi esta noche. ¿Te apuntas?

Salto de mi cama más rápido que una gacela, porque en este instante la idea de ir a una fiesta suena que te cagas de bien en mis oídos. Pillarme un superpedo es una manera cien por cien segura de dejar de pensar en

Hannah. Aunque en realidad..., quiero pillarme un superpedo y *además* follarme a alguien sin parar. Así, si una de esas dos actividades no me ayuda con mi objetivo —no pensar en Hannah—, la otra me servirá como plan alternativo.

—¡Por supuesto! —respondo a la vez que busco algo que ponerme.

Me meto una camiseta limpia por la cabeza e ignoro la punzada de dolor que siento en el brazo izquierdo desde la fortísima carga que recibí la semana pasada en la final del campeonato. Me dolió un huevo, sí, pero el golpe mereció totalmente la pena: por tercer año consecutivo, el equipo de *hockey* de Briar se llevó otra victoria en la *Frozen Four*. Supongo que se le puede llamar el triplete definitivo y todos los jugadores, yo incluido, seguimos recogiendo los frutos de ser campeones nacionales en tres ocasiones.

Dean, que juega de defensor como yo, lo llama las tres efes de la Victoria: fiestas, felicitaciones y follar. Es un análisis bastante fiel de la situación, porque he tenido las tres cosas desde nuestra gran victoria.

—¿Te toca a ti no beber y conducir? —pregunto mientras me pongo una sudadera de capucha negra encima de la camiseta y subo la cremallera. Mi amigo resopla.

—¿De verdad me haces esa pregunta?

Niego con la cabeza.

—Ya. No sé en qué estaría pensando. La última vez que Dean Heyward-DiLaurentis estuvo sobrio en una fiesta fue... *nunca*. El tío se bebe hasta el agua de los floreros y fuma porros como una locomotora cada vez que sale de casa, y si alguien piensa que eso afecta a su rendimiento en el hielo de alguna manera, está más que equivocado. Es una de esas raras criaturas que

pueden irse de fiesta como el Robert Downey Jr. de antes y ser tan exitoso y respetado como el Robert Downey Jr. de hoy en día.

—No te preocupes, le toca a Tuck —me dice Dean, que se refiere a nuestro otro compañero de piso, Tucker—. El muy flojeras sigue de resaca por lo de anoche. Dice que necesita un descanso.

Sí, y lo cierto es que no me extraña. Los entrenamientos de fuera de temporada no empiezan hasta dentro de otro par de semanas, y todos hemos estado disfrutando de nuestro tiempo de descanso «un poco» demasiado. Pero eso es lo que pasa cuando uno está de subidón por la *Frozen Four*. El año pasado, después de ganar, estuve pedo dos semanas seguidas.

No me apetece para nada que llegue el momento de esos entrenamientos. La fortaleza, el ejercicio y todo el enorme esfuerzo que se necesitan para mantenerse en forma resultan agotadores, y es incluso más agotador cuando a la vez hay que trabajar jornadas de diez horas. Pero no es que tenga alternativa, la verdad. Los entrenamientos son necesarios si quiero estar preparado para la próxima temporada, y el trabajo, bueno, le hice una promesa a mi hermano y da igual lo enfermo que me ponga toda la situación: no puedo fallar. Jeff me despellejaría vivo si no cumplo mi parte del trato.

Nuestro conductor para la noche nos está esperando junto a la puerta principal cuando Dean y yo bajamos. Una barba de color marrón rojizo devora todo el rostro de Tucker; le da un aspecto de hombre lobo, pero él está decidido a probar este nuevo *look* desde que una chica a la que conoció en una fiesta la semana pasada le dijo que tenía cara de bebé.

—Eres consciente de que esa barba de yeti no te hace parecer más varonil, ¿verdad? —comenta Dean alegremente mientras salimos por la

puerta.

Tuck se encoge de hombros.

—La verdad es que mi intención es parecer un tipo duro.

Yo suelto una risa.

—Bueno, pues eso tampoco, «cara de bebé». Pareces un científico loco.

Tucker estira su dedo corazón mientras se dirige hacia el lado del conductor de mi *pick-up*. Me instalo en el asiento del copiloto de la cabina y Dean se sube en la parte de atrás mientras dice que prefiere ir fuera para pillar un poco de aire fresco. Yo creo que lo único que quiere es que el viento le despeine el pelo de esa manera desaliñada y sexy por la que las chicas pierden las bragas. Para que conste, Dean es vanidoso hasta decir basta. Pero lo cierto es que parece un modelo, así que imagino que se puede permitir ser vanidoso.

Tucker arranca el motor y yo repiqueteo mis dedos sobre los muslos, impaciente por ponernos en marcha. Muchos estudiantes de las fraternidades me cabrean con sus rollos elitistas, pero estoy dispuesto a pasarlo por alto porque..., joder, porque si hacer fiestas fuese un deporte olímpico, todas y cada una de las fraternidades masculinas y femeninas de Briar tendrían una medalla de oro.

Mientras Tuck da marcha atrás para salir de nuestro camino de entrada, mi mirada se detiene en el Jeep negro de Garrett, brillante y reluciente en su plaza de aparcamiento, mientras su dueño pasa la noche con la chica más guay del planeta y...

¡Y ya está bien! Esta obsesión con Hannah Wells está empezando a volverme loco. Tengo que echar un polvo. ¡Cuanto antes!

Tucker está visiblemente callado durante el trayecto hasta la casa Omega Fi. Es posible que incluso esté frunciendo los labios, pero es difícil de saber si tenemos en cuenta que parece que alguien le ha afeitado todo el cuerpo a Hugh Jackman y ha pegado su pelo en la cara de Tuck.

—¿Y este castigo de silencio a qué viene? —pregunto sin darle mucha importancia.

Gira la cabeza hacia mí, me ofrece una mirada amarga y después vuelve a posarla en la carretera.

—Eh, venga. ¿Es por las coñas que hacemos con tu barba? —Me cabreo—. Porque es el primer capítulo de *Barbas para principiantes*, hermano: si uno se deja barba de ermitaño, tus amigos se burlan de ti. Fin del capítulo.

—No es por la barba —murmura.

Arrugo la frente.

—Vale. Pero estás cabreado por algo. —Cuando tampoco responde, decido presionar un poco más—. ¿Qué pasa contigo, tronco?

Sus enfadados ojos se encuentran con los míos.

—¿Qué pasa conmigo? Nada. Pero ¿contigo? Contigo pasan tantas cosas que ni siquiera sé por dónde empezar. —Maldice en voz baja—. Tienes que parar con esa mierda ya, tío.

Ahora sí que estoy totalmente confundido, porque hasta donde yo sé, todo lo que he hecho en los últimos diez minutos es tener ganas de ir a una fiesta.

Tucker se percata de la confusión que muestra mi cara y me ofrece una aclaración en un tono sombrío.

—Lo de Hannah.

Aunque mis hombros se ponen rígidos, trato de mantener la expresión de confusión en mi rostro.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

Sí, he elegido mentir. Algo que, en realidad, no es nada nuevo para mí. Parece que todo lo que he hecho desde que llegué a Briar es mentir.

Sin ninguna duda, estoy destinado a la NHL. ¡Liga profesional hasta el final!

Me encanta pasar los veranos currando de mecánico en el taller de mi padre. ¡El dinerito me viene guay!

No babeo por Hannah. ¡Está saliendo con mi mejor amigo!

Mentiras, mentiras y más mentiras, porque en cada uno de esos tres casos, la verdad es una mierda absoluta, y lo último que quiero en el mundo es que mis amigos y compañeros de equipo sientan pena por mí.

—Reserva esas trolas para Garrett —contesta Tucker—. Y, por cierto, tienes suerte de que Garrett esté distraído con todo el enamoramiento y demás, porque si no fuera así..., sin duda se daría cuenta de tu actitud.

—¿Sí? ¿Y qué actitud es esa? —No puedo evitar los nervios en mi tono de voz ni la tensión defensiva en mi mandíbula. No me gusta nada que Tuck sepa que siento algo por Hannah. Y me gusta aún menos que haya decidido sacar el tema ahora, después de todos estos meses. ¿Por qué no puede

olvidarse del puto asunto? La situación ya es lo bastante jodida para mí como para encima tener a alguien que me lo restriegue por toda la cara.

—¿En serio? ¿Quieres que te haga una lista? Vale. —Una nube oscura atraviesa flotando sus ojos mientras empieza a soltar todas las cosas que me han hecho sentir la hostia de culpable todo este tiempo—. Sales del salón o la cocina cuando entran ellos. Te escondes en tu cuarto cuando Hannah se queda a pasar la noche. Si ella y tú estáis en la misma habitación, la miras fijamente cuando crees que nadie te ve. Tú...

—Vale —interrumpo—. Lo pillo.

—Y no me hagas empezar con el rollo de putón verbenero que llevas últimamente —dice Tucker, enfadado—. Siempre has sido un ligón, pero, tronco, te has liado con cinco chicas esta semana.

—¿Y?

—Pues que es *jueves*. Cinco tías en cuatro días. Joder, haz la cuenta, John.

Oh, mierda. Me ha llamado por mi nombre. Tucker solo me llama John cuando *realmente* se cabrea conmigo.

Pero es que resulta que ahora yo también me he cabreado con él, así que también lo llamo por su nombre.

—¿Qué hay de malo en eso..., John?

Sí, los dos nos llamamos John. Quizá deberíamos hacer un juramento de sangre y formar un club o algo así.

—Tengo veintiún años —continúo, enfadado—. Tengo permiso para enrollarme con chicas. No, mejor dicho, ¡debo! enrollarme con chicas, porque de eso precisamente va el ir a la universidad. De divertirse, y de

follar, y de disfrutar al máximo cada momento antes de salir al mundo real y que la vida se vuelva una puta mierda.

—¿De verdad pretendes hacerme creer que todos esos rollos con tías forman parte de tu rito de paso por la universidad? —Tucker niega con la cabeza y después deja escapar un suspiro y suaviza el tono—. Así no vas a conseguir sacártela de la cabeza, tío. Podrías acostarte con cien tías esta noche y aun así no habría ninguna diferencia. Tienes que aceptar que no va a pasar nada con Hannah y seguir adelante con tu vida.

Tiene toda la razón del mundo. Soy consciente de que he estado revolcándome en mi propia mierda y tirándome a tías a diestro y siniestro para distraer mi mente.

Y soy igualmente consciente de que tengo que dejar de ir de fiesta en fiesta para olvidar. Tengo que sacarme la diminuta astilla de esperanza y simplemente aceptar que no va a pasar *nada* entre nosotros.

Pero creo que quizá empiece a trabajar en eso mañana.

¿Esta noche? Esta noche me quedo con el plan original: emborracharme, echar un polvo, y a la mierda todo lo demás.

Grace

Empecé mi primer año de universidad siendo virgen.

Y empiezo a pensar que voy a acabarlo de la misma forma.

No es que haya nada malo en ser un miembro más del club V. ¿Y qué si estoy a punto de cumplir diecinueve años? Estoy lejos de que me llamen

solterona y, desde luego, no me van a cubrir de alquitrán y plumas en la calle por seguir teniendo el himen intacto.

Además, no es que no haya tenido la oportunidad de perder mi virginidad este año. Desde que llegué a la Universidad Briar, mi mejor amiga me ha arrastrado a más fiestas de las que puedo contar. Y, desde luego, muchos chicos han flirteado conmigo. Algunos de ellos me han entrado directamente. Uno incluso me envió una foto de su pene con un mensaje que decía: «Es todo tuyo, nena». Eso fue..., bueno, vale, superasqueroso, pero estoy segura de que si realmente me hubiera MOLADO ese tío, me podría haber sentido, no sé, ¿halagada? Tal vez.

Pero no me he sentido atraída por ninguno de esos chicos. Y, por desgracia, todos los que sí me llaman la atención ni siquiera me miran.

Hasta esta noche.

Cuando Ramona anunció que íbamos a la fiesta de una fraternidad, no tenía grandes esperanzas de encontrar a nadie interesante. Da la impresión de que cada vez que vamos a la calle donde están todas las fraternidades, lo único que hacen los chicos es intentar liarnos a Ramona y a mí para que nos enrollemos con ellos. Pero esta noche..., esta noche he conocido a un chico que me gusta un poco.

Se llama Matt. Es guapo y no emana para nada energía de cabronazo. Y no solo está bastante sobrio, sino que también habla usando oraciones completas y no ha dicho la palabra «coleguita» ni una sola vez desde que hemos empezado a hablar. O mejor dicho, desde que ha empezado a hablar. Yo no he dicho mucho, pero estoy perfectamente feliz aquí de pie escuchándolo; me da la oportunidad de admirar su mandíbula cincelada y la adorable forma en la que su pelo rubio se curva bajo sus orejas.

Para ser honesta, probablemente sea mejor que yo no hable. Los chicos guapos me ponen nerviosa. Y cuando digo nerviosa, me refiero a que la lengua se me traba y el cerebro deja de funcionar correctamente. Todos mis filtros se evaporan y de repente empiezo a contar la historia de cuando me hice pis en los pantalones en tercero durante una excursión a la fábrica de sirope de arce, o el miedo que me dan las marionetas, o que tengo un leve trastorno obsesivo compulsivo que puede hacerme empezar a ordenar la habitación de cualquiera en cuanto gira la cabeza hacia otro lado.

Así que sí, es mejor que simplemente sonría y asienta y suelte un «¿en serio?» de vez en cuando, para dejar claro que no soy muda. Pero a veces eso no es posible, sobre todo cuando el chico guapo en cuestión dice algo que requiere una respuesta de verdad.

—¿Quieres ir afuera a fumar esto? —Matt saca un porro del bolsillo de su camisa y lo sostiene frente a mí—. Lo encendería aquí, pero el presidente me echaría de la fraternidad si lo hago.

Me muevo con torpeza.

—Eh... no, gracias.

—¿No fumas hierba?

—No. A ver, sí que he fumado alguna vez, pero no lo hago a menudo. Me hace sentir súper... *mareadilla*.

Él sonríe y en sus mejillas aparecen dos hoyuelos preciosos.

—Ese es un poco el sentido de fumar marihuana.

—Sí, supongo. Pero también me hace sentir muy cansada. Ah, y cada vez que fumo acabo pensando en una presentación en Power Point que mi padre me obligó a ver cuando tenía trece años. Aparecían un montón de estadísticas acerca de los efectos de la marihuana en las células del cerebro

y cómo, contrariamente a lo que dice la creencia popular, la marihuana es en realidad altamente adictiva. Y después de cada diapositiva, mi padre me miraba y me decía: «¿Quieres perder las células de tu cerebro, Grace? ¿Quieres?».

Matt me mira fijamente y una voz en mi cabeza grita «¡Para!», pero es demasiado tarde. Mi filtro interno me ha fallado una vez más y las palabras siguen saliendo de mi boca.

—Pero supongo que eso no es tan malo como lo que hizo mi madre. Ella intenta ser la típica madre guay, así que cuando yo tenía quince años me llevó a un aparcamiento oscuro, sacó un porro y anunció que íbamos a fumar juntas. Era como una escena de *The Wire*. Espera un momento, nunca he visto *The Wire*. Va de drogas, ¿verdad? En fin, que yo estaba allí sentada, al borde de un ataque de pánico todo el rato porque estaba convencida de que nos iban a arrestar. Y mientras tanto, mi madre me preguntaba cómo me sentía y si estaba «disfrutando de la maría».

Milagrosamente, mis labios por fin dejan de moverse.

Pero los ojos de Matt ya se han vuelto vidriosos.

—Eh... sí, bueno. —Mueve el porro con torpeza—. Voy a salir a fumar esto. Ya nos vemos por ahí.

Consigo reprimir un suspiro hasta que se ha ido y, a continuación, suelto el aire lentamente mientras me doy una bofetada mental. Mierda. No sé por qué me molesto en intentar hablar con los chicos. Entro en todas las conversaciones nerviosa, pensando que voy a avergonzarme a mí misma, y luego acabo avergonzándome a mí misma porque estoy nerviosa. Estoy condenada desde el principio.

Con otro suspiro, voy al piso de abajo y busco a Ramona por la planta principal. La cocina está llena de barriles de cerveza y de chicos de fraternidad. Lo mismo ocurre con el comedor. El salón está lleno de chicos muy borrachos que hablan muy alto y de un montón de chicas ligeras de ropa. Aplaudó su valentía, porque la temperatura que hace en la calle es bajísima y la puerta principal se ha estado abriendo y cerrando toda la noche, haciendo que el aire frío circule por toda la casa. Yo, en cambio, estoy cómoda y calentita en mis vaqueros ajustados y mi jersey ceñido.

No veo a mi amiga por ningún sitio. Mientras la música hiphop explota en los altavoces a un volumen ensordecedor, busco el teléfono móvil en mi bolso para comprobar la hora y descubro que es cerca de la medianoche. Incluso después de ocho meses en Briar, todavía experimento una pequeña sensación de alegría cada vez que salgo más tarde de las once, que era mi hora de llegar a casa cuando vivía con mis padres. Mi padre era un verdadero tiquismiquis con la hora de llegar a casa. En realidad, es un verdadero tiquismiquis con *todo*. Dudo que haya quebrantado alguna norma en su vida, lo que hace que me pregunte cómo él y mamá se las arreglaron para seguir casados durante todo el tiempo que lo estuvieron. Mi madre es un espíritu libre que está en el polo opuesto de mi estricto y conservador padre, pero supongo que eso solo demuestra que toda la teoría esa de que los opuestos se atraen tiene cierto sentido.

—¡Gracie! —Una voz femenina grita sobre la música, y lo siguiente que sé es que Ramona aparece junto a mí y lanza sus brazos alrededor de mis hombros en un fuerte abrazo.

Cuando se echa hacia atrás, observo un instante sus ojos brillantes y sus mejillas sonrojadas y sé que está borracha. Ella también va vestida con poca ropa, como la mayoría de las chicas que hay en la habitación: su minifalda

apenas le cubre los muslos y su top rojo revela un escote bastante importante. Los tacones de sus botas de cuero son tan altos que ignoro por completo cómo puede caminar con ellos. Pero está superguapa y atrae un buen número de miradas cuando engancha su brazo al mío.

Estoy bastante segura de que la gente que nos ve de pie, una al lado de la otra, está rascándose la cabeza mientras se pregunta cómo narices podemos ser amigas. A veces, yo me pregunto lo mismo. En el instituto, Ramona era la malota que quería pasárselo bien y que fumaba cigarrillos detrás del edificio; y yo era la niña buena que editaba el periódico del insti y organizaba todos los eventos solidarios. Si no hubiéramos sido vecinas puerta con puerta, Ramona y yo probablemente no habríamos sabido de la existencia de la otra, pero caminar juntas al instituto todos los días había generado una amistad de conveniencia que, con el tiempo, se convirtió en un vínculo real. Tan real que, cuando estábamos buscando universidades, nos aseguramos de mandar las solicitudes a las mismas escuelas y, cuando a las dos nos admitieron en Briar, pedimos a mi padre que hablara con el responsable de la residencia para que pudiéramos ser compañeras de cuarto.

Pero si bien nuestra amistad ha empezado fuerte este año, no puedo negar que nos hemos distanciado un poco. Ramona ha estado superobsesionada con integrarse y con ser popular. No habla de otra cosa, y últimamente me estoy dando cuenta de que ella... me molesta un poco.

Mierda. Solo *pensarlo* me hace sentir como una mala amiga.

—¡He visto que te ibas arriba con Matt! —me susurra al oído—. ¿Os habéis liado?

—No —contesto con tristeza—. Creo que lo he asustado.

—Oh, no. Le has contado lo de tu fobia a las marionetas, ¿verdad? —pregunta antes de lanzar un suspiro exagerado—. Cariño, tienes que dejar de soltar todas tus locuras y cosas raras a la primera de cambio. En serio. Guarda todas esas cosas para más tarde, para cuando estés en una relación más seria y sea más difícil que él huya.

Me resulta imposible no reírme.

—Gracias por el consejo.

—Bueno, ¿estás lista para irte o quieres que nos quedemos un rato más?

Echo un vistazo por la habitación otra vez. Mi mirada se detiene en una esquina, donde dos chicas en vaqueros y sujetador se están enrollando, mientras uno de los chicos de la fraternidad Omega Fi graba el apasionado *show* con su iPhone.

La imagen me hace ahogar un gemido. Me apuesto diez dólares a que el vídeo acaba en una de esas webs de porno gratis. Y las pobres chicas probablemente no se enterarán de nada hasta dentro de unos años, cuando una de ellas esté a punto de casarse con un senador y la prensa desentierre todos sus trapos sucios.

—No me importaría irme ahora —admito.

—Sí, creo que a mí tampoco.

Levanto las cejas.

—¿Desde cuándo te da igual salir de una fiesta antes de la medianoche?

—Frunce los labios.

—No tiene mucho sentido quedarse aquí. Alguien me ha ganado y se lo ha llevado antes que yo.

No me molestó en preguntar de quién habla, ya que es el mismo chico del que lleva hablando desde el primer día del semestre.

Dean Heyward-Di Laurentis.

Ramona ha estado obsesionada con el guapísimo chico de tercero desde que se encontró con él en una de las cafeterías del campus. Obsesionada, pero de verdad. Me ha arrastrado a casi todos los partidos que Briar ha jugado en casa solo para ver a Dean en acción. Tengo que admitir que el tío está buenísimo. También es un muy buen jugador, según dice el cotilleo popular, claro. Pero, por desgracia para Ramona, Dean no sale con estudiantes de primero. Ni se acuesta con ellas, que es lo único que realmente quiere de él, de todos modos. Ramona nunca ha salido con nadie más de una semana.

La única razón por la que quería venir a la fiesta de esta noche era porque se había enterado de que Dean estaría aquí. Pero está claro que cuando el tipo dice que su regla es rechazar a las estudiantes de primero, no lo dice de coña. No importa cuántas veces se le tire encima Ramona: él siempre se va con otra.

—Antes de irnos, voy un momento al baño —le digo—. ¿Nos vemos fuera?

—Vale, pero date prisa. Le he dicho a Jasper que ya nos íbamos y nos está esperando en el coche.

Ramona mira hacia la puerta principal y me deja con una punzada de resentimiento. O sea, que me ha preguntado si quería irme cuando ya había tomado la decisión por las dos. Guay. Pero me trago el cabreo recordándome a mí misma que Ramona *siempre* ha hecho eso, y que nunca me molestó en el pasado. Sinceramente, si no fuera por las decisiones que

toma y porque me obliga a salir de mi zona de confort, probablemente me habría pasado todo mi tiempo de instituto en la oficina del periódico, escribiendo la columna de consejos y ofreciendo a los estudiantes recomendaciones sobre la vida, sin haber experimentado nunca la vida por mí misma. ...